



Artículo: John W O'Malley, Trent and all that, Harvard, Harvard University Press, 2000.

Autor(es): Camacho de la Torre, María Cristina

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 62

Año: 2001

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Camacho de la Torre, María Cristina. "John W O'Malley, Trent and all that, Harvard, Harvard University Press, 2000." Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 62 (2001): p. 43-47. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3978>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

RESEÑAS

John W. O'Malley, *Trent and all that*, Harvard, Harvard University Press, 2000.

María Cristina Camacho de la Torre
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

La historiografía actual en lengua inglesa otorga (tanto en productos de investigación como en planes universitarios de estudio) un nombre específico a la primera etapa de la edad moderna: *Early Modern Europe*, término que no existe dentro de la historiografía hispánica. Basta con mirar algún catálogo de libros publicados en aquel idioma en los últimos años para refrendar esta afirmación.

La *Early Modern Europe* comprende el final del siglo XV y todo el XVI aunque, en algunos casos, diversas investigaciones llegan a abarcar incluso hasta la primera mitad del siglo XVII. De igual forma, se ha vuelto cosa común que el término se utilice hogaño para obras que, escritas originalmente en inglés, traten acerca de otras latitudes fuera de Europa durante el mismo periodo.

De este corte temporal nace uno de los temas más estudiados desde el siglo XIX (seguido con gran interés en Alemania) debido al cambio que representó en el devenir histórico europeo. Me refiero a la llamada Reforma a la que, hasta hace poco tiempo, los historiadores sufían identificando

como sinónimo del nacimiento de las iglesias protestantes.

El libro que ahora reseño es una investigación llevada a cabo en suelo americano; su autor, John W. O'Malley, es un miembro activo de la Iglesia católica y es historiador de la misma en el colegio jesuita de Weston, Massachusetts. Entre sus obras figuran *The first jesuits* (1993); *Religious culture in the sixteenth century* (1993); *Collected works of Erasmus* (1989); la edición de *The jesuits: cultures, sciences and the arts, 1550-1773* (2000), y *Catholicism in Early Modern History. A guide to research* (1988).

Trent and all that bebe su origen, más que en la historiografía alemana del siglo XIX, en la monumental obra de Hubert Jedin, *La historia del Concilio de Trento* (1949-1972), así como en su menos conocido artículo de 1946 "Katholische Reformation oder Gegenreformation?" ("¿Reforma católica o Contrarreforma?").

Dado el interés que ha despertado el estudio del "lado católico" en la historiografía contemporánea,¹ O'Malley decidió exponer

¹ Algunos ejemplos recientes en lengua inglesa son: Michael A. Mullett, *The Catholic Reformation*, New York, Routledge, 1999; Ronnie Po-chia Hsia, *The world of catholic renewal, 1540-1770*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Allyson M. Poska, *Regulating the people: the Catholic Reformation in 17th century Spain*, Boston, Brill, 1998; Amos Megged, *Exporting the Catholic Reformation: local religion in Early-Colonial Mexico*, Boston, Brill, 1996; Martin D. W. Jones, *The Counter-Reformation: religion and society in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; David Martin Luebke (ed.), *The Counter-Reformation: the essential readings*, Oxford, Blackwell, 1999; Robert Bireley, *The refashioning of catholicism, 1450-1700: a reassessment of the Counter-Reformation*, Washington, D. C., Catholic University of America Press, 1999. No debemos aquí olvidar dos de los pioneros del tema en dicha lengua, a saber, Arthur G. Dickens, *Counter-Reformation*, New York, W. W. Norton & Company, 1979; H. Outram Evenett, *The spirit of the Counter-Reformation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.

sus razones acerca de los pros y los contras que acarrea designar a dicha historia durante el siglo XVI como actualmente se hace: "Contrarreforma" y/o "Reforma católica".

El título del libro de O'Malley, *Trent and all that*, adelanta un poco las intenciones de su autor: nos indica que la idea o tradición de denominar a la actividad de la Iglesia del siglo XVI con estos dos términos advierte, en una primera instancia, que las interpretaciones han girado casi únicamente en torno a los resultados salidos de las sesiones del Concilio de Trento (1545-1563). Es bajo estos nombres que se ha explicado la actuación de los que se mantuvieron bajo la tutela papal, y no sólo eso, sino que, gracias al correr del tiempo y, casi por extensión, se ha explicado a través de ellos no sólo la acción de la Iglesia frente a los protestantes, sino también otros factores tales como la religiosidad, la sociedad, la política, el arte o la cultura.

Los cuestionamientos *a priori* que se hizo el autor fueron de índole profesional y un tanto pragmática, ya que, según sus propias palabras, "tenía que darle un nombre" a una guía de investigación y de referencia que estaba realizando para el catolicismo, similar a la que Steve Ozment había realizado para *La Europa de la Reforma* en 1982. Aunado a esto se encontraba la redacción de un libro y algunos artículos acerca de la historia de la Compañía de Jesús.

Fue bajo estas circunstancias que O'Malley comenzó a hacerse algunos replanteamientos, tales como la validez de considerar a Ignacio de Loyola como un "reformador", en el sentido que se da a los "reformadores protestantes". ¿Bajo qué criterio, pregunta, se puede afirmar que Loyola fue un "reformador"? ¿Será que identificamos al *celo religioso* de la Edad Moderna Temprana como de naturaleza "reformadora" casi por omisión, siendo que son dos cosas diferentes? ¿No se aplica mejor el término a Jiménez de

Cisneros? ¿Qué hay de Felipe Neri? Al respecto explica nuestro autor: si por *reforma* se entiende la labor de cambio que va de fuera hacia dentro, entonces Loyola, los primeros jesuitas y Felipe Neri no caben en esa categoría, ya que el énfasis que ellos mostraron siempre partió de lo interno hacia lo externo. Éste es un ejemplo que proporciona O'Malley acerca de las dificultades que se presentan cuando se usan los términos "Reforma católica" y/o "Contrarreforma" como descriptores globales del catolicismo del siglo XVI. Mas la intención del autor va más allá y consiste en dilucidar el problema de *cómo se utilizan*. El subtítulo del libro, *Renaming catholicism in the Early Modern Era (Renombrando al catolicismo en la Edad Moderna Temprana)*, señala la inquietud de O'Malley por buscar otras expresiones que describan y engloben, de manera más precisa, esa situación histórica, como se supone que es la labor de los nombres dentro de la historiografía. Y es que de *nombres* es de lo que trata este libro. No pide que se desechen los que ya están, pues considera que no son del todo incorrectos; empero, aclara, *no terminan de demostrar el alcance y la complejidad* tanto de la Iglesia católica como institución como del catolicismo en sí y todo lo que éste representó en ese momento. El autor señala que el catolicismo comprende "Iglesia y religión, doctrina y devoción, parroquia y cofradías, príncipes y mendigos, leyes y arte, clero y laicado". Este "catolicismo" incluye también lo que salió de Europa y llegó a las nuevas tierras, así como lo que antes de 1517 se consideraba como "cristiano" y después de aquel año como "no protestante".² Al respecto, menciona un ejemplo de cómo se entienden estos términos: cuando en un libro se lee "la Roma de la Contrarreforma", no se comprende lo mismo que si se dijera "la Roma de la edad moderna". Podemos ampliar la muestra: al hablar de "la Ale-

² O'Malley, *Trent and all that*, p. 9.

mania moderna (temprana)" se la ubica fácilmente en el contexto de lo que fue "la Alemania de la Reforma". O'Malley, entonces, propone que se agregue a la lista de nombres que describen este momento histórico como "Catolicismo moderno temprano" (*Early Modern Catholicism*).

Ahora bien, ¿por qué el énfasis en Jedin y no en Ranke? El texto de O'Malley, efectivamente, sigue la línea de la historia de la historiografía de la "Contrarreforma". Como es sabido, el primer hombre que utilizó tal vocablo fue Johann Stephan Pütter, en 1776. Por "Contrarreforma", Pütter se refería al retorno forzado hacia el catolicismo de los fieles que habitaban los territorios otrora luteranos. El término "Reforma", en cambio, aunque utilizado por ambas partes desde el siglo XVI (constante incluso ya desde la Biblia y en el cristianismo antiguo), saldría triunfante como una bandera casi exclusiva del "lado protestante". El "lado católico", por su parte y bajo la concepción de "Contrarreforma", acaba siendo entendido, según lo que explica O'Malley, por ser el reaccionario, y, en ocasiones, casi el obsecado.

También como en aquella centuria, los historiadores y/o escritores de las naciones de cepa protestante (especialmente, Alemania) escribieron más que los católicos acerca del *corte* en la historia, del *cambio* —y repetimos la importancia de éste en el desarrollo de la historiografía que nos incumbe. Se preguntaban:

—¿Qué había dado pie al inicio de la Edad Moderna?

—No había duda de que la Reforma protestante.

—¿Qué la había originado?

—Los abusos del clero: bulas, supersticiones, represión.

—¿Qué era lo importante?

—El "cambio", la "ruptura".

Durante muchos años, explica O'Ma-

lley, la historia del "lado católico" se mantuvo aislada del interés histórico, ya que se encontraba muy extendida la idea de la existencia nula de alguna "transformación" dentro de éste; la historiografía alemana del siglo XIX e incluso de la primera mitad del XX tenía claro que lo importante eran los "grandes acontecimientos", o los "cambios notables". Por su parte, en España, por ejemplo, se le dio preferencia a la frase "Siglo de Oro", pues representaba más de cien años de grandeza en la religión, en el arte, en la política. Otros nombres que han tenido éxito son el de "época barroca" o últimamente, el de "catolicismo confesional".³

Los pocos estudios que comenzaron a tratar el catolicismo eran, más que historias sistemáticas, largas apologías que continuaban exaltando las permanencias con la misma intención de no mostrar ningún "cambio" —lo que se entendía por él— y sin ahondar en problemas que ahora conocemos más extensamente.

Hubert Jedin (1900-1980) fue un respetado historiador que dedicó su vida entera a estudiar a la Iglesia del siglo XVI. Como pionero de estos temas, su libro sobre la historia del Concilio de Trento se convirtió en un clásico y en una obra de referencia obligada. Son relevantes sus escritos pues incrementaron el interés por el estudio del catolicismo, lo que le trajo fama dentro de los círculos académicos y eclesiásticos. En 1962, por ejemplo, fue solicitado para actuar como *peritus* dentro de las sesiones del Concilio Vaticano II.

O'Malley se concentra más en este autor que en Ranke, pues fue él quien unió los términos "Reforma católica y Contrarreforma" para mejor entender el momento, alianza de voces que se ha vuelto ya clásica y que perdura hasta nuestros días.

A pesar de sus logros académicos, O'Malley explica que la visión de Jedin

³ *Ibidem*, p. 108-117 y 136-140.

acerca de la Iglesia no mostró evolución alguna; durante toda su vida defendió dos aspectos que consideró primordiales. Nos referimos a la renovación de la institución (que había comenzado con la reforma interna de los miembros del clero en el siglo XV) y a la defensa de la Iglesia frente a sus detractores. La primera fue lo que Jedin consideró ser la "Reforma católica" y la segunda, la "Contrarreforma".

La Reforma católica tenía cuatro fases, a saber: a) la "reforma interna" de los miembros de la Iglesia (con la *Devotio Moderna*, el Oratorio del Amor Divino, el cardenal Cisneros, etcétera); b) la formación de la Compañía de Jesús en 1540; c) los dos últimos años del Concilio de Trento donde se definió la reforma, y d) un periodo de larga duración que llegó incluso hasta la Ilustración.

La "Contrarreforma", por su parte, había comenzado hacia 1520 con la labor apologetica de Juan Eck y Jerónimo Emser en contra de Martín Lutero. Empero, decía Jedin, estos esfuerzos no habían sido suficientes, por lo que fue hasta Trento que se definieron los lineamientos frente al protestantismo, lo que al mismo tiempo dejaba ver "claramente" la continuidad de aquella institución desde los tiempos medievales. Jedin y sus seguidores hablaron de continuidad, inamovilidad e institucionalidad vertical.

Fue hasta que el papado "renovado" del siglo XVI —según lo calificó aquel autor— comenzó a "sistematizar" esfuerzos, que, bajo su perspectiva, se unieron los dos "momentos": la Reforma católica y la Contrarreforma. Juntos explicaban toda una época de transición entre la "edad media" y la "moderna". En el medio de la transición se encontraba el Concilio de Trento, ya se viera hacia atrás o hacia delante: Trento, por una parte, reafirmaba la herencia medieval y, por otra, veía de frente al mundo moderno. ¿Qué decir respecto de esta postura? Escuchemos la opinión de O'Malley:

Ésta era la postura básica de Jedin: lúcida, coherente y persuasiva, incluso hoy. Necesitamos verla más de cerca debido a que es el "escenario" o frase continuamente más repetida en los libros de texto y otras publicaciones. Se ha vuelto tan familiar que, incluso ahora que tenemos más conocimientos al respecto, nunca se nos ocurre pensar en modificar lo básico de esta construcción.⁴

En el ejemplo que dimos líneas arriba, donde se menciona la labor "reformadora" de Neri y de Loyola, queda mejor decir que Jiménez de Cisneros o Carlos Borromeo sí fueron reformadores; curiosamente, el primero vivió antes del Concilio y el segundo, después. Para Jedin, la labor de los papas era la que había marcado la diferencia.

Los términos "Contrarreforma" y "Reforma católica", entonces, surgieron en un ambiente meramente protestante y así los mantuvieron durante muchos años diversos autores, ya fueran miembros de alguna Iglesia cristiana o no. A diferencia de lo que sucedió con la terminología para la "Edad Media", John W. O'Malley aclara que, en la cultura occidental y en sociedades secularizadas como las nuestras, el peso religioso que conllevan estos nombres es difícil de quitar y, más aún, de juzgar correctamente.

El autor explica que el punto de partida para cualquier explicación de los fenómenos históricos de aquel siglo se reducía a dos momentos, a saber: los abusos de la Iglesia que dieron pie a la Reforma, y la Reforma en sí por representar *el gran cambio* de una época a otra; empero, pocos eran los que hasta hace poco se preguntaban ¿cuál era la situación del catolicismo *en sí?*, o bien ¿cómo se formó el catolicismo moderno?, y aquí la que esto reseña se pregunta: ¿es posible, entonces, hablar de un catolicismo moderno? O'Malley responde positivamente.

Como se puede apreciar, la idea generalizada de un "lado católico" monolítico, inmutable y abusivo (vertical) imperó en

⁴ *Ibidem*, p. 54.

el ambiente académico por muchos años y se notaba que la connotación de los dos vocablos que hemos estado estudiando seguía dándose casi como una mera repetición, sin reparar demasiado en ellos.

Fueron los estudiosos después de Jedin quienes comenzaron a prestar mayor atención a este periodo y gracias a esto surgieron muchas líneas de investigación, tan diversas y fascinantes como las que habían emergido del estudio de la historia protestante mismas que, por fortuna para la investigación, continúan ofreciendo una fuente inagotable de temas de estudio y de interpretación.

Con el "descubrimiento" de la historia del catolicismo moderno florecieron además las diversidades religiosas de la Europa de aquel tiempo, como por ejemplo las regionales, y se notó su gran variedad y hasta las incoherencias propias del fenómeno, que poco o nada tenía de monolítico.

O'Malley explica que la cantidad de nombres con los que se ha intentado explicar al catolicismo de este momento demuestra, en sí misma, dos cosas: la primera es la complejidad que acabamos de mencionar y la segunda, la fútil búsqueda del nombre perfecto para designar un periodo tan amplio y diverso. El autor nos recuerda que cuando el historiador se decide a utilizar alguno de estos términos en específico debe explicar lo que significan y mantenerse en ello a lo largo de la narración: "to say what they mean and mean what they say".⁵

Para concluir podemos decir que estudios como éste, que tocan tanto la historia de la Iglesia como la teología histórica, se han vuelto cada vez más comunes y —lentamente— se ha propagado la voz de quienes se han ido percatando de la impor-

tancia de dialogar desde el presente con los propios términos que los hombres del pasado manejaban. Esta aseveración parecería bastante obvia si no se pensara que todavía existen historiadores que no se valen o, peor aún, se niegan, incluso cuando es necesario, a utilizar, por ejemplo, el lenguaje de la teología en el caso de los estudios acerca de las instituciones religiosas.

El libro, entonces, va más allá de una investigación historiográfica que busque el mero origen de un término —o, en este caso, de dos. Considero que el mérito de O'Malley dentro de la historiografía anglosajona reside en el giro novedoso que le da, primero, al interés por el estudio de la terminología con que se estudia a la Iglesia del siglo XVI; segundo, a la búsqueda de opciones nominales que la expliquen más acertadamente, y, tercero, a la brevedad profunda con que analiza el contexto y la obra de Jedin.

Que el autor intente dialogar con los historiadores en lengua inglesa a través del contenido de su escrito resulta importante para nosotros los hispanoparlantes. Esto es debido a que aquel idioma es el más conocido y leído fuera del castellano, lo que ha acarreado que, en ocasiones, se tomen algunos términos prestados en primera instancia y terminen siendo casi nuestros, sin reparar demasiado en si pueden resultar viables o no para nuestras propias áreas de estudio, o para la problemática histórica mexicana.

Resalta entonces el hecho de que obras como ésta conllevan a la reflexión de cómo, cuánto y hasta qué punto los términos expuestos en otras corrientes historiográficas se pueden utilizar dentro de nuestro propio quehacer histórico. □

⁵ *Ibidem*, p. 126.